



Trasvase

de lo publicado

EL CONSTRUCTIVISMO EN DECADENCIA DE CÓMO FRACASA SU PRÁCTICA PEDAGÓGICA

JOSÉ FERNANDO OCAMPO

DIRECTOR DEL CEID-FECODE - COLOMBIA



Trasvase

gracias a la autonomía escolar consagrada en la Ley General de Educación y a la libertad de cátedra introducida en la Constitución del 91, no ha resultado posible que el Ministerio de Educación imponga el constructivismo en la educación colombiana como lo hizo con el conductismo en décadas pasadas. Sin embargo, el gobierno no desaprovecha reunión, directriz, resolución, decreto, y el poder oficial, para transgredir la autonomía, quebrantar la libertad de cátedra, malinterpretar las normas y violentar la práctica pedagógica de las instituciones y de los maestros, convirtiendo en obligatorias la teoría y la práctica constructivistas.

No es casual esta política gubernamental de forzar una práctica pedagógica constructivista. En las condiciones actuales de la globalización imperialista, de la apertura económica, de la dictadura del mercado, del empequeñecimiento del Estado y de las privatizaciones, no podría esperarse algo diferente. Educación y evaluación por competencias, promoción automática, indicadores de logros

estilo resolución 2343, currículo por proyectos y problemas, evaluación cualitativa descriptiva, constituyen prácticas apropiadas a una política económica de dominación y ajustadas a intereses políticos estratégicos sobre el desarrollo de los países. Resulta ingenuo tratar de convencer de que los ingentes esfuerzos de un gobierno como el colombiano por imponer una determinada forma de educación son neutrales, no tienen relación con el mundo circundante y no obedecen a propósitos detalladamente diseñados para la expansión económica de la superpotencia dominante.

Igual que el conductismo, el constructivismo es una teoría omnicompreensiva desde la epistemología hasta el aula de clase y con extrapolaciones a la concepción de la sociedad y del Estado. En epistemología es idealista, en pedagogía es populista y anarquista, en concepción de la sociedad es participativista, en economía es aperturista y en política internacional defiende el poder del mercado globalizante. En esencia, habiendo tomado auge como consecuencia de la hegemonía estadounidense, corresponde a la etapa actual del mundo en donde un puñado de países se enriquecen y los demás se empobrecen cada día más.

Sobre el conocimiento: la confusión idealista

En el proceso de enseñanza-aprendizaje el problema de conocimiento adquiere una importancia fundamental. ¿Qué se enseña? ¿Qué se requiere para que el sistema sea productivo? ¿Qué se exige para una formación integral? En torno al conocimiento, el constructivismo posa y alardea de teoría pedagógica ultramoderna de vanguardia, descalificando sus contradictores como tradicionalistas y atrasados. Pero no es así. Se inspira en una filosofía del siglo XVII, el kantismo, para caer en un idealismo vulgar de baja sofistería con referencias a Heráclito, de la filosofía griega del siglo IV antes de Cristo como modelo. Pero sorprende que Kant haya servido de base a la vez para el positivismo de un Popper o un Weber y para un constructivismo fundamentalista, supuesto radical.

En la historia de la filosofía puntos de análisis como la esencia del conocimiento, su objetividad, su relación con el sujeto cognoscente, la naturaleza y la realidad, es decir, el papel del sujeto y el objeto, han sido recurrentes en todas las épocas. Desde Parménides y Heráclito, pasando por los clásicos Platón, Aristóteles, Descartes y Kant, hasta Hegel, Feuerbach y Marx para llegar a los postmodernos, el conocimiento ha sido siempre objeto del más agudo debate en torno a la ciencia, el mundo, la naturaleza, la sociedad y el ser humano.

Los constructivistas acuden a una especie de descreste con las más antiguas categorías del *a priori*, o que el objeto está determinado por el sujeto, o que no existen verdades absolutas, o que el conocimiento objetivo es absurdo, o que la ley de causalidad no funciona. Es decir, aquí no hay nada nuevo en el constructivismo. Dos puntos se plantean, sin embargo, que aportan nuevos parámetros al debate, la aplicación de su idealismo vulgar en epistemología a la pedagogía, y su fundamentación en la teoría del caos, de la catástrofe y de la complejidad. En esencia, para ellos, el conocimiento se encuentra en tal grado de cambio permanente que resulta imposible adherirse a ninguna verdad en un momento determinado. Todo fluye, todo deviene, nada existe.

Para la pedagogía las consecuencias de este agnosticismo total son demoleadoras. Por eso, no se puede enseñar nada, porque inmediatamente amenaza desaparición. Los estudiantes deben reducirse a una construcción subjetiva de algo que está en proceso de dejar de ser, de dejar de existir en el inmediato futuro. De ahí el desprecio olímpico por los contenidos en todas las disciplinas, desde las ciencias naturales hasta la historia y la geografía. De allí los malabares increíbles para diseñar un plan de estudios. De allí la tendencia a preferir estudiar problemas y no contenidos. Un problema es hoy y

mañana no es. Así se comprende por qué las pruebas de competencia del nuevo Icfes dependen de las trampas del lenguaje y no del contenido de las preguntas. Este relativismo y agnosticismo absolutos hace crisis cuando se considera la aplicación de las leyes físicas y químicas a la tecnología. Si no existieran conocimientos absolutos de la física, no podrían aplicarse al desarrollo tecnológico, desde la electricidad, el transporte, el sonido, la informática, la televisión, hasta la exploración del espacio. No existiría la aplicación del conocimiento científico al desarrollo tecnológico.

Resulta verdaderamente engañoso, desde el punto de vista teórico, que los constructivistas se parapeten en una sola dicotomía, el empirio-positivismo, por un lado, y el constructivismo, por el otro, y nada más, con el propósito de desorientar el debate. Ignoran que no son sólo esas las dos únicas tendencias históricas de la filosofía. ¿Por qué descartar el escolasticismo en sus diferentes versiones, el idealismo metafísico, el materialismo mecanicista, la dialéctica, el materialismo dialéctico, etc., para más dicotomías? Ni la concepción empiriopsitivistica ni las constructivistas son las únicas que se plantean la problemática de las leyes de la naturaleza y de la sociedad. El materialismo dialéctico posee una amplia raigambre en el pensamiento, en la educación, en la política y en la sociedad. “La dialéctica –como ya explicaba Hegel– *comprende* el elemento del relativismo, de la negación, del escepticismo, pero *no se reduce* al relativismo. La dialéctica materialista de Marx y Engels comprende ciertamente el relativismo, pero no se reduce a él, es decir, reconoce la relatividad de todos nuestros conocimientos, no en el sentido de la negación de la verdad objetiva, sino en el de la condicionalidad histórica de los límites de la aproximación de nuestros conocimientos a esta verdad”.

Para la práctica pedagógica, la de la enseñanza, el aprendizaje, el plan de estudio, la evaluación escolar, una concepción epistemológica sobre el conocimiento determina el trabajo educativo de la institución y de los maestros. No importa si existe una conciencia expresa sobre la objetividad o la subjetividad del conocimiento, ese es un elemento que va a pesar en el proceso educativo. Mientras los maestros sean más conscientes de la naturaleza del conocimiento, más determinante será para su tarea educativa y para las decisiones de la institución sobre los contenidos del currículo.

Sobre el aprendizaje La superación del solipsismo del sujeto

Lo que caracteriza el constructivismo es su verborrea contra un proceso de enseñanza-aprendizaje signado por el transmisionismo repeticionista. Con esas dos palabras resuelven la problemática. La repiten hasta el cansancio con

la ilusión de que haciéndolo, eliminan el espanto. Transmitir conocimientos consiste para los constructivistas en memorizar, memorizar resulta de repetir, y repetir es simple mecanismo. Por eso, para ellos, transmitir constituye una actividad mecánica de repetición que sólo llega a la memoria. En la lógica formal, se denomina “petición de principios”. O sea, que ni la memorización resulta de la simple repetición ni es pura mecánica. Pero el verdadero debate no reside en si es repeticionista o no, con lo que los constructivistas despachan el asunto, sino en el carácter de la transmisión del conocimiento. El *quid* de la cuestión reside en si el aprendizaje es transmisión o no del conocimiento.

La humanidad ha acumulado en el devenir de la historia un bagaje impresionante de conocimientos sistematizados y clasificados en diferentes disciplinas, más o menos especializadas: físicas, químicas, biología, historia, geografía, economía, ingeniería, arquitectura, medicina, etc., así como sobre métodos y procedimientos. ¿Cómo han llegado los conocimientos de una generación a otra? Uno puede poner innumerables casos de distintas disciplinas: la construcción de edificios, el levantamiento de puentes, la cirugía del cerebro, la exploración del Himalaya, la geografía física de Afganistán, la revolución china, la regeneración de Núñez, la huelga de las bananeras, la ley de la balanza, la ley de la aceleración de los cuerpos, la tabla periódica. ¿Cómo adquieren esos conocimientos los estudiantes de un colegio o de una universidad? Pero también puede preguntarse lo mismo sobre las matemáticas, en aritmética, álgebra, geometría, trigonometría, cálculo, etc.

De acuerdo con la teoría constructivista, el profesor debe trabajar con los conocimientos previos de los estudiantes, con los conocimientos que los estudiantes traen a la escuela, innatos, adquiridos en la familia, en el barrio, en donde sea. “El estudiante aprende a través y en contra de sus ideas previas”, se dice. Pero ese criterio no es aplicable a la historia. A la geografía, tampoco. A la economía, menos. A las matemáticas, ni pensar. Nadie trae a la escuela ideas previas sobre la regeneración de Núñez. Nadie tiene ideas previas de las funciones trigonométricas. Y tampoco sobre la economía de Zambia. ¿Entonces sólo se aplicará a las ciencias experimentales? Los estudios de Robert Siegler sobre el proceso de aprendizaje de los estudiantes de la ley de la balanza, o sea, de la relación entre peso y distancia, demostraron que ni los estudiantes de 8 años, ni los de 17 años, encontraban por sí mismos la relación entre los dos elementos, y que no traían ningún preconcepto sobre esa relación. Los niños menores sólo miraban el peso y los mayores no daban con la relación entre el peso y la distancia. Tiene el maestro que “transmitirles” que la relación se encuentra multiplicando el peso por la distancia en cada par de torsión. Cómo lo haga para que entiendan y asimilen la

ley de la balanza, partiendo o no de sus conceptos previos, puede ser más o menos eficaz, pero siempre será “transmitiendo” lo que sabe el maestro. Dejar que los estudiantes descubran por sí mismos, es inútil e innecesariamente demorado si es que llegan a hacerlo por sus propios medios. En este ejemplo se trata de un caso relativamente sencillo, pero nada se diga de problemas más complicados, a los que los estudiantes no han tenido ni tendrán acceso directo.

Otro principio constructivista es el de la negociación del conocimiento. Estudiantes y maestros son considerados pares y sus relaciones de enseñanza-aprendizaje son entre pares. Tanto vale lo que se le ocurra al estudiante como lo que sabe el maestro. Los dos tienen que negociar en un proceso de toma y dame. Entrar en competencia las ideas de los estudiantes con las del profesor. En una de esas extrapolaciones de la historia al aprendizaje, los constructivistas emiten frases rimbombantes y vacías como ésta: “Desde la misma actividad comercial, podría sostenerse que arrancó la protohistoria de la competitividad de ideas.” Como son rivales las teorías del profesor y las de los alumnos, como rige la competencia entre las dos, como se asimila a las fuerzas del mercado, pueden prevalecer las de los alumnos, tengan o no tengan validez científica. Estamos hablando de primaria y bachillerato, no de postgrados. Este desprecio infinito por la verdad, por relativa que sea, esta burla del conocimiento—por ejemplo, la relación de distancia y peso en la ley de la balanza—conduce a la aplicación de la competencia y del mercado en el aprendizaje; y en la enseñanza, al caos y a la catástrofe, no en el sentido figurativo de los constructivistas, sino en el sentido estricto de la lengua española. Caos es desorden y catástrofe es desastre.

Aquí lo que rige es la falta absoluta de ley y de norma. Es el caos. Ni en la naturaleza ni en la sociedad existen leyes, porque serían normas absolutas y violentarían el principio fundamental del cambio permanente y total en que se basa el constructivismo. Tampoco hay principios. Tampoco jerarquías. Y mucho menos relación de supeditación ni reconocimiento de superioridad. Por eso se desconoce olímpicamente la democracia y se adopta el anarquismo. Democrático no es la igualación de todo y de todos. En cambio el anarquismo sí. Para este último no existe autoridad ni reglas del juego ni pautas de comportamiento. En la democracia se reconoce la autoridad, fundamentada en reglas de juego que obligan a actuar sobre la base del respeto a los demás. Y por eso la autoridad tiene un origen en la voluntad de los que eligen. Democracia no es anarquía, la falta de principios de comportamiento en la institución educativa la destruye. La falta de jerarquía en ella introduce el desorden total y no permite el desarrollo del aprendizaje. Una disciplina democrática es un principio básico del proceso de enseñanza

y aprendizaje. Para el anarquismo todo es represión o manifestación del poder arbitrario, por eso abogan por la desaparición de la autoridad, de las normas, de las leyes, de las reglas de juego. Constructivismo significa anarquismo en el conocimiento, en el aprendizaje, en la enseñanza y en la institución educativa. Esa es la negación de la democracia. Y, por supuesto, ni el caos ni la catástrofe expresan un principio democrático.

Del individualismo subjetivista del que cada quién es constructor, del conocimiento con derecho a negociar el contenido de lo que se enseña y aprende, así como del conocimiento mismo, deducen los constructivistas el principio del ritmo individual de aprendizaje que debe determinar la forma del avance de los estudiantes en la institución. Cada quién aprende según su ritmo. Cada quién construye a su individualidad. Pero lo individual y lo colectivo son dos elementos de una misma contradicción, inseparables, uno principal y otro secundario de conformidad con el desenvolvimiento del proceso. Simplemente se trata de una aplicación de la dialéctica. Tomar en cuenta solamente el ritmo individual de cada estudiante significa, primero, que todos son excelentes porque avanzan de acuerdo con su propio ritmo, lo cual vuelve imposible la evaluación; segundo, hace imposible la organización de una educación masiva que llegue a toda la población porque cada individuo se organiza con su propio ritmo; y tercero, es el origen último de la promoción automática que conlleva la inexistencia de grados y cursos. No. Con el elemento colectivo que define los objetivos de cada grado, entre el ritmo individual o rendimiento de los estudiantes, se comparan los dos para que el maestro y la institución evalúen su rendimiento. Ni la individualidad ni la colectividad son absolutas, sino relacionadas dialécticamente. Así se organiza la educación por grados y se evalúa el rendimiento individual.

El solipsismo constructivista no tiene viabilidad práctica. El proceso de aprendizaje y de conocimiento es eminentemente social desde el punto de vista de la permanente confrontación en el medio en que se desenvuelve el individuo. Acceder al conocimiento en la escuela a través de ese proceso que va desde el jardín, el preescolar, la primaria y el bachillerato para una formación intelectual integral en las diferentes áreas y disciplinas, no puede hacerse sin la transmisión de lo acumulado por la humanidad hasta este momento histórico. Ello incluye la información, la asimilación, la crítica, la resolución de problemas, el pensamiento, es decir, la memoria y la elaboración pensante. Incluye, a la vez, un contenido concreto básico sobre el que se elabora y se problematiza.

Lo que se denomina *conocimiento generativo*, es decir, aquel que puede usarse para interpretar nuevas situaciones, resolver problemas, pensar y razonar, y aprender,

parte de los contenidos de información. “Las investigaciones cognitivas recientes nos enseñan a respetar el conocimiento y la pericia... Aprendemos con mayor facilidad cuando ya sabemos lo suficiente como para tener principios de organizaciones que podamos usar para interpretar y elaborar la nueva información... Un principio fundamental de la cognición por lo tanto, es que aprendizaje requiere conocimiento”. En otras palabras, la información y el pensamiento son inseparables, van juntos en todo el proceso de aprendizaje. No es extraño, por tanto, que la más famosa prueba internacional sobre educación, el TIMSS, de las 135 preguntas del formulario, 90 son de información simple y compleja, y el resto, de solución de problemas y manejo de laboratorio. Por eso “la ciencia cognitiva de hoy no sugiere que los educadores se hagan a un lado para que los niños puedan hacer su trabajo natural, como parecía implicar con frecuencia la teoría piagetiana”.

Aquel desprecio por el conocimiento concreto y por la información, ha quedado atrás. Esa desestimación del papel del maestro reducido a un acompañante de la construcción individual del estudiante, se ha desacreditado. Que la información, el conocimiento y el pensamiento sean inseparables, lo aprendimos en las buenas escuelas tradicionales. No es nuevo. Sólo que el constructivismo trataba de destruirlos.

Sobre la sociedad: una extrapolación extravagante

¿Cómo unir las relaciones matemáticas no lineales, las interacciones gravitacionales de los astros, las características de la termodinámica en los cambios de energía y masa, con la globalización, el dominio del mercado, la competitividad y la competencia? Esto es lo que hacen los constructivistas en aras de una concepción abierta de la sociedad. Repiten la extrapolación que tomaron los sociólogos más típicamente positivistas, como Weber, Parsons y Merton, de los organismos vivos, el concepto de “sistema”, completamente cerrado en sí mismo. Extrapolaciones como éstas no hacen sino introducirnos en un mundo de la metáfora y de la lingüística, que es donde se juntan el constructivismo, la teoría de las competencias y la adecuación del servicio educativo a las exigencias de la globalización imperialista.

Con ese lenguaje metafórico de aplicación arbitraria de conceptos de las ciencias naturales a la sociedad y a la economía, cuya adecuación ha pulverizado Alan Sokal, los constructivistas nos afirman: “Dígame que todo sistema o toda organización genera, por su complejidad y su dinámica interna, trayectorias existenciales que lo conducen a atravesar

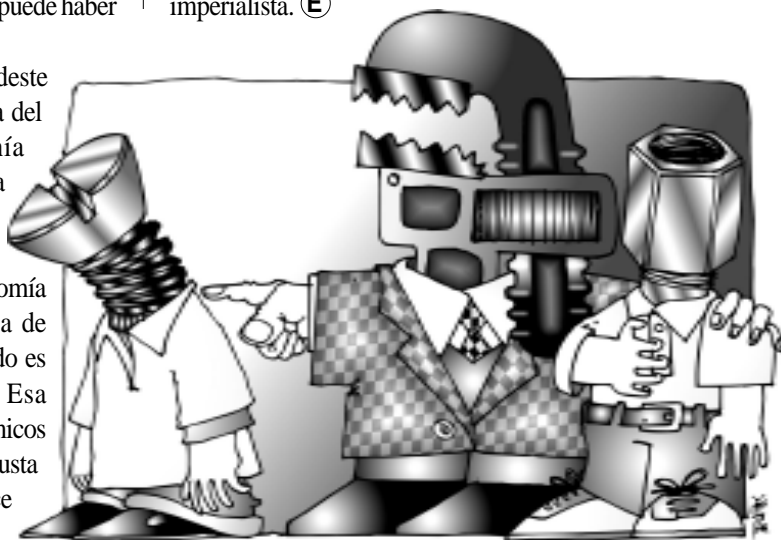
bordes catastróficos. Una vez atravesado ese borde catastrófico, las reglas del juego, la normatividad y la estructura jurídica que lo venían rigiendo dejan de funcionar, por lo que se requiere de otra concepción y de otra regulación para entender y explicar el orden nuevo que emerge". Es la concepción del cambio y del movimiento que cae en el vacío. Se trata de algo nuevo que ni explica el pasado ni se basa en él para superarlo, ni determina las condiciones y características de la nueva sociedad, porque esa tampoco tiene esperanza de supervivencia. Sin embargo, esa concepción de que todo cambia y nada es fijo se contradice con la aplicación que hacen los constructivistas a la realidad económica y política mundial.

En efecto, para los constructivistas, los sistemas cerrados de la física y las matemáticas, como el de la memorización, dan origen a sociedades cerradas y autoritarias, pero los sistemas abiertos de las ciencias experimentales originan sociedades abiertas y democráticas. En el momento actual, según ellos, esa sociedad abierta y democrática es la globalización del mercado. "Esas sociedades abiertas," dicen, "que además compiten con saberes científicos y tecnológicos, dentro de un mercado que tiende a ser global, se exigen a sí mismas la creatividad, la innovación para mantenerse en el mismo plano de esas relaciones de intercambio". Entonces, aquí sí no se aplica la teoría del caos y de la catástrofe, porque esa tendencia hacia la globalización del mercado es indefectible. En consecuencia, nada es absoluto, menos sólo la globalización. Siempre ha sido así la lógica del anarquismo. A la postre, después de su fraseología destructiva, caótica y catastrófica, termina convirtiendo el modelo existente en el sistema absoluto de sociedad y economía. Si el libre mercado de la globalización ha empobrecido al mundo a favor de unos cuantos países, ¿por qué es inmutable? Si la competencia es desigual a favor de los monopolios y las transnacionales dominadas por el capital financiero, ¿por qué no puede haber salida a una sociedad sin capital financiero?

A raíz de las crisis económicas del sudeste asiático, de las recesiones económicas como la del Japón de diez años, de la hegemonía estadounidense sobre la economía mundial, una serie de economistas han retomado los antiguos planteamientos de Carlos Marx sobre las leyes del capitalismo, de las crisis cíclicas de la economía capitalista y de la caída progresiva de la tasa de ganancia para demostrar que ni el libre mercado es indefectible, ni el capitalismo es eterno. Esa aplicación mecánica de los conceptos físico-químicos al desarrollo de la sociedad no solamente no se ajusta a las leyes de su desarrollo, sino que contradice su concepción de puro devenir sin sustento firme

de nuevas realizaciones para la sociedad humana. Las críticas del premio Nobel de Economía, Joseph Stiglitz, a la globalización como un sistema irremediable, no dejan solitario a Marx, no importa que provenga de hace más de un siglo. Lo más grave de la defensa de la globalización como el resultado inevitable del libre mercado es el dominio económico y político que resulta de él a favor de Estados Unidos. Otra profunda contradicción. De una teoría en que nada es absoluto y cierto, en donde todo fluye y nada existe, se termina coincidiendo con la política de dominación mundial basada en una globalización inmutable. Rememora esta posición la postura hegeliana de Francis Fukuyama en su teoría sobre el fin de la historia y el último hombre como la sociedad democrática capitalista de Estados Unidos y Europa Occidental. Así terminó Hegel, extrapolando su tríada dialéctica a la monarquía absoluta de Federico Guillermo III de Prusia como la culminación del desarrollo de la historia.

De la teoría del caos, de la catástrofe y de la complejidad de los constructivistas, extrapolada de las ciencias naturales a la educación, se concluye en la defensa del dominio hegemónico de la economía mundial por la superpotencia norteamericana. Lo que pretendo concluir sobre esta extravagante extrapolación, es que no es casual ni traída de los cabellos. El carácter idealista y anarquista del constructivismo en educación que tiene el propósito oculto de adecuar nuestras atrasadas sociedades al dominio del mercado mundial y de la competencia imperialista, no resulta ser otra cosa que la acomodación al sistema imperante. El convencimiento personal de que es así, queda confirmado con los textos mismos de los constructivistas. Fue el propósito del gobierno de Pastrana y de los anteriores neoliberales de adecuar la educación a las condiciones de la globalización y del libre mercado. Es también el propósito del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Así termina el constructivismo con la globalización imperialista. (E)



SERÉ CURIOSO (continuación)

Nos dicen que Saddam Hussein alimenta a los fanáticos de Al Qaeda. ¿Un criadero de cuervos para que le arranquen los ojos? Los fundamentalistas islámicos lo odian. Es satánico un país donde se ven películas de Hollywood, muchos colegios enseñan inglés, la mayoría musulmana no impide que los cristianos anden con la cruz al pecho y no es muy raro ver mujeres con pantalones y blusas audaces.

No hubo ningún iraquí entre los terroristas que volaron las torres de Nueva York. Casi todos eran de Arabia Saudí, el mejor cliente de Estados Unidos en el mundo. También es saudí Bin Laden, ese villano que los satélites persiguen mientras huye a caballo por el desierto, y que dice “presente” cada vez que Bush necesita sus servicios de ogro profesional.

¿Sabía usted que el presidente Eisenhower dijo, en 1953, que la “guerra preventiva” era un invento de Hitler? Dijo: «Francamente, yo no me tomaría en serio a nadie que me viniera a proponer una cosa semejante».

Estados Unidos es el país que más armas fabrica y vende en el mundo. Es, también, el único país que ha arrojado bombas atómicas contra la población civil. Y siempre está, por tradición, en guerra contra alguien. ¿Quién amenaza la paz universal? ¿Irak?

¿Irak no respeta las resoluciones de las Naciones Unidas? ¿Las respeta Bush, que acaba de propinar la más espectacular patada a la legalidad internacional? ¿Las respeta Israel, país especializado en ignorarlas? Irak ha desconocido 17 resoluciones de las Naciones Unidas. Israel, 64. ¿Bombardeará Bush a su más fiel aliado?

Irak fue arrasado en 1991, por la guerra de Bush padre, y hambreado por el bloqueo posterior. ¿Qué armas de destrucción masiva puede esconder este país masivamente destruido?

Israel, que desde el año 67 usurpa tierras palestinas, cuenta con un arsenal de bombas atómicas que le garantizan la impunidad. Y Pakistán, otro fiel aliado que, además, es un notorio nido de terroristas, exhibe sus propias ojivas nucleares. Pero el enemigo es Irak, porque «podría tener» esas armas. Si las tuviera, como Corea del Norte proclama que las tiene, ¿se animarían a atacarlo?

¿Y las armas químicas y biológicas? ¿Quién vendió a Saddam Hussein las cepas para fabricar los gases venenosos que asfixiaron a los kurdos, y los helicópteros para arrojar esos gases? ¿Por qué Bush no muestra los recibos?

En aquellos años, guerra contra Irán, guerra contra los kurdos, ¿era Saddam menos dictador de lo que es ahora? Hasta Donald Rumsfeld lo visitaba en misión de amistad ¿Por qué los kurdos son conmovedores ahora, y antes no? ¿Y por qué sólo son conmovedores los kurdos de Irak, y no los kurdos mucho más numerosos que sacrificó Turquía?

Rumsfeld, actual secretario de Defensa, anuncia que su país usará «gases no letales» contra Irak ¿Serán gases tan poco letales como esos que Putin usó, el año pasado, en el teatro de Moscú, y que mataron a más de cien rehenes?

Durante unos cuantos días, las Naciones Unidas cubrieron con una cortina el «Guernica» de Picasso, para que esa desagradable escenografía no perturbara los toques de clarín de Colin Powell. ¿De qué tamaño será la cortina que esconderá la carnicería de Irak, según la censura total que el Pentágono ha impuesto a los corresponsales de guerra?

¿Adónde irán las almas de las víctimas iraquíes? Según el reverendo Billy Graham, asesor religioso del presidente Bush y agrimensur celestial, el paraíso es más bien chico: mide nada más que 1.500 millas cuadradas. Pocos serán los elegidos. Adivinanza: ¿Cuál será el país que ha comprado casi todas las entradas?

Y una pregunta final, que pido prestada a John Le Carré:

“-¿Van a matar a mucha gente, papá?

- Nadie que conozcas, querido. Sólo extranjeros”.

*Eduardo Galeano - Question / Abril 2003

*Periodista y escritor uruguayo, autor de *Las venas abiertas de América Latina*